

Jesús Hernández

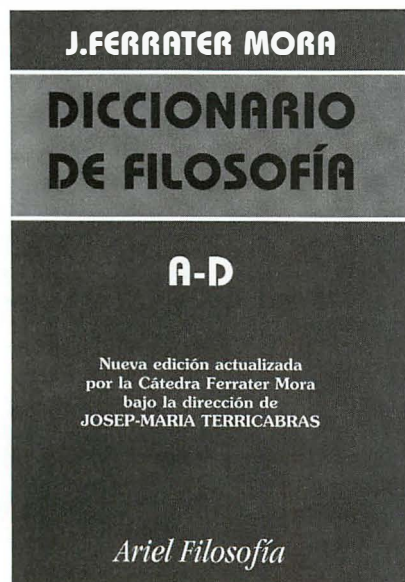
Español de nacimiento y venezolano de circunstancias. Pese a tener a su cargo la dirección de la Escuela de Filosofía y director encargado de la Escuela de Letras de la Universidad Católica Andrés Bello, es un hombre accesible, de carcajada altisonante y pies en la tierra. Buen conversador, agudo observador, maneja un repertorio de anécdotas a las que siempre le extrae la moraleja en la mejor tradición de Patronio.

El ferratermora

José Ferrater Mora

Diccionario de Filosofía

Edición actualizada por Joseph-María Terricabras
Barcelona: Ariel, 2004 (4 tomos)



El Ferrater, el Quijote, la Biblia, el Drae, el Talmud... Cuando una obra escrita alcanza categoría de emblema, esto es, de clásica y por ende *vulgar*, es un hecho que su título carga con el artículo *el*, que no figura nunca o casi nunca en su versión original. Algo parecido, pero distinto, ocurre cuando, en vez de aludir a una obra por su nombre, se habla de ella simplemente por su autor. *El Ferrater* podría pasar en cualquier pueblo –supongo que de Cataluña– por el nombre de cualquier tío que peina canas. Pero en este caso es diferente: *el Ferrater* (por fin puedo escribir el artículo con minúscula, que así es como debe escribirse para mayor denotación de cosa común y familiar) no es ningún tío, es el más espléndido, el mejor *Diccionario de filosofía* que se ha escrito en lengua española, y porque lo escribió José Ferrater Mora (1912-1991) se le llama como se le llama. A veces, menos frecuentemente, *el ferratermora*, que así es como prefiero dejarlo para dar por sentado de una buena vez que, como se tienen en casa cuchillos, vasos y cucharas, se tiene también un ferrater. O se puede tener. Se debería tener.

Esencia, existencia, socialismo, materialismo, tablas de verdad... Pongamos que corren los años sesenta del siglo pasado y que tienes dieciséis, diecisiete años al principio de los setenta, que eres un pueblerino elevado a provinciano, que te desasan y destripan porque has tenido la suerte de cursar un bachillerato en un colegio de los agustinos en una provincia que ni pincha ni corta, Logroño, por ejemplo. De pueblerino, y a tenor de las latitudes geográficas y mentales que te circundan, te da por creer que todo el mundo es igual, más exactamente, como tu pueblo: que todos van a misa, que todos juegan a la pelota, que hay una escuela de niños y otra de niñas, que todos trabajan el campo

y tienen padre y madre y abuelos... Todos los pueblos eran iguales en todo, menos en una cosa: que no eran el tuyo. Y de no serlo y por no serlo, brota la primera semilla de la deferencia.

Va pasando el tiempo y oyes nombres de hombres antiguos que, oídos una vez, jamás se borrarán de tu memoria: *Sócrates*, *Platón* y *Aristóteles*, esos tres no fallan, se los sabe el más tonto de la clase y andando el tiempo te enterarás de que hasta el *vulgus pecus* los repite y justa y frecuentemente para hacer mofa de tus inclinaciones; *Séneca* tampoco, que para eso era español, o sea, no es que fuera español precisamente, que no lo era y ruso o de cualquier otro sitio menos, pero con una celebridad de tal calibre, quedaban más que probadas las contribuciones de tu vieja nación a las conquistas de la civilización. Mas tenía que seguir pasando el tiempo para enterarte de que aquello no había hecho más que empezar; faltaban todavía los nombres de los secuaces más célebres de las celebridades antiguas a las que nada ni nadie superaría jamás, a las celebridades antiguas, digo, no a sus secuaces, pues hoy va de suyo que los jóvenes universitarios primerizos confundan a *santo Tomás de Aquino*, otro del olimpo filosófico, con el apóstol *santo Tomás*. Hay que poner a *Descartes* por muchas razones, pero la principal, vuelta al *vulgus*, porque suya es la genialidad que todas las generaciones repiten sin error mayor ni menor, *Pienso, luego existo*, que los más estudiados espetan en latín para demostrar su saber superior. Jamás olvidaré el jolgorio ni el día en que cursando primer año de Filosofía, un estudiante de Los Teques, dueño de un abasto y de un *machito* Toyota, oídas en latín que fueron por él y por vez primera las palabras del nunca bien ponderado filosofema cartesiano, preguntó al profesor: *Profesor, ¿y eso del cojito, qué es?*

Luego viene y tiene que venir *Kant*, que suena vagamente en las tribunas de la general, pero de quien nadie sabría decir una sola frase que dijera o dejara de decir. Y hasta ahí. Aparte de la contribución socrática, ampliamente extendida, y según la cual tanto el sabio ateniense como quien lo repite, esto es, *Sólo sé que no sé nada*, dejan más que en evidencia que ellos no saben nada pero en el mismo acto de decirlo advierten que andan sobrados de saberes filosóficos y que a ellos nadie les va a cantar las cuarenta, aparte de eso, digo, pase el dicho de Descartes y vale ya, no sea que nos atragantemos.

Esencia, existencia, socialismo, materialismo, tablas de verdad... había dicho más arriba; *metafísica, acto, potencia, ubi, quando*, las categorías del ser que aprendíamos en latín; la verdad es que eso de *socialismo* no nos lo enseñaban tan temprano, ese término pertenecía a la clase de los *salmanticenses*, tropa ésta superior a todas luces al *vulgus* del que procedía y que se las veía ya con nombres y disquisiciones propias de los, ahora sí, pichones de la Filosofía, harto pacificados por la dictadura del Generalísimo, a quienes atraía el género. Digo y sostengo, *more hegeliano*, que el Régimen no sospechó jamás qué clase de zapa sembraba en contra suya cuando permitió que en bachillerato se estudiara algo de Filosofía. Digo *algo* porque hasta la mismísima *Philosophia perennis* que nos inculcaban, coadyuvó a soliviantar, andando el tiempo, las mentes de muchos palomos ya más crecidos que, tiempo al tiempo, por lo menos, si no convertidos en revolucionarios –ninguno, la verdad– hacían dejación chillona y contestaría tanto de una filosofía y de un régimen ostensiblemente perennes en sus planteamientos, como incapaces de haber aprendido nunca que lo humano siempre puede ser de otra manera, Aristóteles mediante. ¿Qué quieren que diga? ¿Que uno no sabe para quién trabaja? Pues ni por esas. De donde no se sigue que el azar todo lo preside.

Aquellos términos nos introducían en otro mundo, la verdad. ¿Qué íbamos a sospechar nosotros, nietos mayores de la Cruzada, que había otros mundos, otras ideas, otras gentes? Nosotros, cuya mente no pasaba de los dualismo más simples puestos en nuestra cabeza por padres, curas y maestros –alma y cuerpo, espíritu y materia, Dios y Satanás, buenos y malos, hombres y mujeres, padre y madre... y que quede bien claro que el primer término siempre era el que mandaba, y no el segundo, y que no me tiren de la lengua porque no andaría lejos de decir

que la *subversión* del mundo actual o moderno se resume en equiparar valorativamente esos dualismos cuando no en poner todo patas arriba y colocar arriba lo que va abajo, pues eso es subvertir algo– descubríamos, prosigo, en *el ferratermora* de aquellos tiempos las nociones básicas de aquellas palabras cuya sola figuración ya suponía un mundo; y comenzaban a sonarnos los nombres de otros pensadores. En aquel tiempo, *el ferrater* iba y venía en un solo tomo. Leído tengo que la primera edición es del año 1941; me da igual. Ya sé que el número de ediciones o de reimpressiones biografía de algún modo un libro, pero me traen sin cuidado cuántas ediciones lleve o deje de llevar. El número de lectores lo biografía mejor. En más de una ocasión he visto compendios del *ferrater* hechos por no sé quién en un tomito vendido por buhoneros en un bulevar o debajo de un puente. Normalmente aparece en ellos el nombre de su propietario primero. Algunos llevan subrayados, otros no. Lo cierto es que *el ferrater* es el libro de Filosofía hecho por un español que más lectores, y sobre todo propietarios, tiene. Más aún, apostaría gustosamente a que cuenta con más propietarios que lectores. Dicho llevo que un clásico es un clásico porque se tiene y porque hay que tenerlo, no porque se lea. Y siguiendo con la deducción, no me ha de fallar la conexas: Ferrater Mora es el filósofo español (catalán para los irreductibles) más consultado desde que su diccionario corre por el mundo. Claro que una cosa no lleva a la otra: de que fulano haga un diccionario de Filosofía no se sigue que el fulano sea filósofo. Pero Ferrater sí. Hizo el uno y fue lo otro y por ser lo segundo hizo lo primero. No hay necesidad de haber leído nada de Ferrater, salvo su diccionario, para hacerse idea de cómo se las gastaba en Filosofía: recto, limpio, preciso, honesto, *integrador*, detallista, minucioso y trabajador. Se necesita ser *machaca* para emprender semejante obra. Una obra que jamás concluye: otra marca de los clásicos. Ábrelos cuando quieras, que podrás quitar y poner a tu antojo y siempre sacarás algo en limpio. Por algo *el ferrater* sigue vivo y hay quien lo corrija, limpie y dé esplendor. Y digo y no exagero que con *el ferrater* te puedes sacar la carrera de Filosofía; el título no te lo van a dar, pero todo lo que aprendas es más que lo que te va a quedar en la cabeza después de haber tenido que decir en los exámenes lo que te parecía que cuadraba a las exigencias del profesor. *El ferrater* enseña, y además ilustra, sustancia, sentencia, precisa. Hay que comprárselo y olerlo y tenerlo. Que para eso es un clásico. ◆